



Me voy a casa:

Un chico de 20 años rechaza la prolongación artificial de su vida

por Steve Steiner



El martes me dirigía en un vuelo madrugador desde Cleveland (Ohio) hacia Wichita (Kansas). La noche anterior nos habían avisado por teléfono que nuestro hijo Pablo, de 20 años, estaba hospitalizado con graves problemas de salud debido a la enfermedad de *lupus*. Sus riñones estaban tan debilitados que tendría que abandonar sus estudios. El temor me embargaba. ¿Cómo iba yo a ayudarle a hacer frente a esta nueva lucha donde sus sueños para el futuro estaban hechos añicos? Pablo había pasado mucho dolor durante sus años como un niño abandonado en Guatemala... ¡y ahora esto! Lloré.

—¡Hola, Papá! —me dijo al verme

También en este número:

Cómo apoyar a los enfermos	3
El testimonio de Basilea Schlink	4
Noticias y comentarios	7
El libro de Mateo	8

entrar a su habitación—. Me alegro de verte.

Hablamos un poco sobre la familia y entonces me dijo: «Papá, tengo algo que pedirte. Cuando llegue la hora de morir, prométeme que no me vayan a mantener vivo enchufado a máquinas. Déjame marchar con Jesús. Prométemelo, Papá».

—Haré lo que pueda —le prometí. Pero Pablo tenía más que decirme:

—Papá, quiero decirle a mi padre biológico en Guatemala que le perdono el haber matado a mi madre, y que le quiero. Quiero contarle el gozo y la paz que tengo en Jesucristo.

—¡Pablo, cuánto has cambiado! —exclamé, lleno de sorpresa—. ¿Cómo es posible?

—El jueves, se me acercó Jesús en un sueño. Estaba aquí mismo en esta habitación, diciéndome que era hora de venir a casa. Papá, ¡es increíble lo hermoso que es el cielo!

—¿Y qué le contestaste?

—Que todavía no podía ir.

—¿Por qué, hijo?

—Antes tengo que decirle a mi padre biológico que le perdono todo lo que nos hizo.

—Pablo, haremos todo lo humanamente posible para dar con tu padre biológico —le prometí.

A media tarde aparecieron tres de sus amigos de la facultad cristiana donde estudiaba. Mientras hablábamos, Pablo se quedó dormido. En su sueño parecía querer hablar y empezó a sollozar. Los cuatro, sin saber del todo cómo reaccionar, empezamos a cantar himnos.

Cuando se despertó le pregunté: «Hijo, ¿qué soñabas?»

—Jesús vino otra vez y me preguntó si estaba preparado para venirme a casa.

—¿Y qué le contestaste, Pablo?

—Que sí.

El jueves llamé a mi esposa, Beverly, para ponerla al tanto de que la fiebre de Pablo subía y su tensión arterial bajaba. Ella estaba de acuerdo con la petición de Pablo de que no se alargase artificialmente su vida. Oramos juntos, al teléfono, que Dios nos diera sabiduría para decidir.

Cuando volví donde su cama, Pablo estaba sentado, asustado y con dolores intensos.

—¿Dónde estabas, Papá? Lo siento, pero traté de moverme y sin querer me arranqué la aguja del goteo.

El equipo que le atendía no consiguió volver a ponérsela y se lo llevaron a la Unidad de Cuidados Intensivos. El cirujano me explicó que la cosa pintaba mal. «Algo muy grave está pasando en su abdomen. Vamos



a tener que realizar una intervención exploratoria. Habrá que ponerle una máquina de respiración asistida y si conseguimos que le vuelva a subir la tensión arterial, una máquina de diálisis. Sus riñones ya no funcionan pero no sabemos bien qué es lo que está pasando». Me indicó que sólo había un 50% de probabilidades de superar la cirugía y que probablemente necesitaría la máquina de diálisis toda la vida.

Me acordé de las palabras de Eric, el hermano menor de Pablo, con quien había hablado media hora antes y que apoyaba también la decisión de Pablo: «Papá, no queremos que Pablo tenga que vivir enchufado a máquinas». Sentí paz acerca de la decisión. Le expliqué al cirujano la petición de Pablo y que mi hijo rechazaba la prolongación artificial de su vida. Como mi deseo era respetar la decisión de nuestro hijo, me negaba a firmar la autorización para la intervención.

Con una mirada intensa, el médico me aseguró que respetaba mi postura. Me indicó que Pablo probablemente viviría menos de una hora. Entonces volví con nuestro hijo.

—Papá, quiero que cuando vengan mis amigos, me unjan con aceite.

Recordé que sus compañeros tenían un examen esa mañana y que se suponía que a Pablo le quedaba menos de una hora de vida.

—Pablo —dije—. Hagamos una unción ahora y cuando vengan tus amigos lo volvemos a hacer.

Sostuve a Pablo en mis brazos, ese cuerpo débil y frágil que empezaba a apagarse. Pablo dijo que tenía paz con Dios. Yo agradecí a Dios la vida de Pablo y le pedí que derramara sobre él su gracia. Agradecí a Dios la increíble curación emocional y espiritual que había hecho en Pablo. Aunque me confesé incapaz de comprender cómo en una vida tan corta se podía haber experimentado tanto sufrimiento, agradecí a Dios el haberle dado la gracia para soportarlo. Pablo oró una oración muy corta, de gratitud por la vida y por las oportunidades vividas. Entonces, como no había aceite, mojé mi dedo con saliva y ungué su cabeza.

Poco después apareció el capellán y hablamos un poco en el pasillo. «El equipo médico quieren que le pregunte —dijo—. No acaban de entenderlos a usted y a su hijo. Se sienten confundidos. ¿Por qué no unas últimas medidas heroicas? ¿Por qué rechazar las máquinas?»

—Los cristianos sólo estamos de paso por esta vida, de camino a un lugar mejor —le respondí.

—Sí, ya, desde luego. Pero tiene que comprender... Estos profesionales tratan todos los días con familias que se muestran destrozadas por la enfermedad y la muerte. Incluso cuando se trata de un paciente de noventa años, quieren que se emprendan todas las medidas posibles para arrancarle unas semanas o días o aunque sólo sea unas horas más a la vida. Muchas de esas familias también son cristianas. Su hijo sólo tiene veinte años. ¿Por qué, como padre, no está haciendo todo lo posible para mantenerlo vivo?»

Le conté la experiencia de Pablo, de paz y de esperanza en el cielo. Le dije que me parecía que a veces damos demasiado valor a nuestras vidas terrenales, cuando la Escritura nos dice que no son más que la antesala del cielo. Le expliqué que Pablo tenía la seguridad de que adonde iba, tendría un cuerpo nuevo, perfectamente sano. ¿Por qué aferrarnos a él aquí? Al contrario, yo ya se lo había entregado a Dios. Sabía que Dios era perfectamente capaz de hacer un milagro y sanar a Pablo... pero también sabía que Pablo ya había recibido la más

grande de las curaciones: la de sus heridas interiores y de su espíritu. A mi juicio, eso era lo más importante.

Poco después llegaron sus amigos de la facultad. Me sorprendieron. ¿Acaso no tenían un examen? ¿Cómo supieron que era importante que vieran? Y con ellos llegó el decano de la facultad cristiana, que se puso junto a la cabecera de la cama de Pablo: «He venido a verte».

—Ya lo veo —contestó con voz débil Pablo—. Seguramente será la última vez.

—Pablo —preguntó el decano—, ¿te importaría que te ungiéramos con aceite?»

Y así sucedió lo que a mí se me había antojado imposible. Los amigos de Pablo lo rodearon y tuvo la celebración que me había pedido. El decano oró y ungió a Pablo mientras cantábamos himnos. Todos lo vivimos como un momento especialmente sagrado y sentimos la consolación y la paz de Dios.

Esa tarde el cirujano que primero había diagnosticado el *lupus* de Pablo hacía escasamente dos semanas, pasó por allí. Le pregunté si los riñones de Pablo se recuperarían. Me explicó que jamás volverían a funcionar. Esto alivió un poco la agonía de la decisión que habíamos tenido que tomar.

Otra vez solos, Pablo me dijo: «¡Papá, estoy tan feliz de irme a casa!»

Pablo se marchó de esta vida pero a mí todavía me quedaba algo que hacer. Le había prometido que haría todo lo posible por hallar a su padre biológico y contarle lo que Pablo quería que supiese. Y en el vuelo de regreso a casa, a pesar del intenso dolor de echar a faltar a mi hijo, sentí un hondo gozo por la libertad que estaba sintiendo Pablo en su hogar celestial.

—Traducido por D.B., con leves adaptaciones, de © The Mennonite, 7/8/2007, con permiso para El Mensajero

Cómo apoyar a los enfermos

por Faye Nyce

El diagnóstico de una enfermedad terminal es un golpe muy duro para una persona y para su familia. La vida parecía progresar de una manera tan normal: el trabajo, los hijos, actividades de la comunidad cristiana... Y de repente, sin previo aviso, pareciera que sobre una ha caído una tonelada de ladrillos. La vida se torna irreal y confusa. La noticia quita el aliento.

Cuando los amigos, la familia y la comunidad cristiana se enteran, todos quieren ayudar. Algunas personas parecen saber instintivamente cómo apoyar de verdad; pero otros, con la mejor de las intenciones, pueden acabar empeorando la situación.

Aquí hay algunas cosas que hay que evitar en este tipo de situación:

1. No trates de contar a la paciente ni a su familia toda la historia de alguien con esa misma enfermedad que al fin se murió. El paciente ha emprendido un viaje muy personal y lo que necesita oír son palabras sensibles, de ánimo y estímulo. Me cuesta mucho aceptar que de verdad haya buenas intenciones cuando alguien se pone a relatar cómo le irán fallando un órgano tras otro y lo terrible que va a ser y el alivio que será «cuando todo esto por fin haya acabado».

2. Renuncia a tus impulsos de dar consejos sobre a qué expertos recurrir o qué medicamentos, curas o hierbas tomar. La paciente está en manos de unos profesionales que ya están haciendo todo lo humanamente posible. ¡Ni se te ocurra pasarle alguna información de quién sabe qué fuente, que has bajado de internet!

3. No digas al paciente que su enfermedad le acercará más al Señor. Hay que morderse la lengua para no responder que ¡Ojalá el Señor te hubiera elegido a ti para ese acercamiento! La propia paciente tendrá que esforzarse por ser considerada, cuando lo normal es que los demás procuremos ser considerados con ella.

4. A algunos pacientes les molestan las conversaciones telefónicas con oración incluida. Puede cansar y aburrir escuchar mientras otra persona ora al teléfono. A veces el paciente ni siquiera comparte las convicciones o la fe expresadas en esas oraciones. Es importante, en cambio, asegurar a la paciente que uno está orando por ella; pero tú ora a solas para que te oiga el Señor, no por teléfono para que te oiga la paciente.

5. Muchas veces visitar no es lo mejor. Aunque solemos darnos cuenta de que esto es cierto en general, muchos sentimos que eso tiene que ver con otros, no conmigo. ¡Cómo no va a querer que venga yo! Pero las visitas tienden a agotar al paciente y aunque una tenga la intención de no quedarse más que un ratito, las visitas suelen alargarse. Procura no excederte en visitas ni llamadas por teléfono. Es mucho mejor mandar una notita con un pensamiento positivo, que levanta el ánimo. La paciente puede leerlas cuando le viene bien; incluso puede releer muchas veces las que le resultan de especial bendición. Jamás traigas contigo niños pequeños. Los más dulces «angelitos» suelen, a pesar de todo, meter demasiada bulla. No hagas que la paciente tenga que ordenar la casa cuando te hayas marchado, creyéndote la mejor de los cristianos por haberla visitado. Que tus visitas jamás pasen de 20 minutos. Si has hecho un viaje largo para venir a verle, que la visita no pase de dos horas. Recuerda: tu visita está acaparando las débiles energías del paciente.

6. Las que hemos sido pacientes sabemos lo importante que es que los demás recuerden que seguimos siendo sus iguales, que somos seres humanos con sentimientos, por mucho que nuestra vida se haya puesto patas arriba. Aunque esté en silla de ruedas, tenga un goteo enchufado al brazo, tenga puesto un feo camisón de hospital, se le haya caído el pelo —o lo que sea— tú piensa antes de hablar. Jamás le pongas palabras en la boca si todavía conserva el habla. No hables

con terceros en su habitación como si la paciente no estuviera escuchando y consciente de lo que está pasando a su alrededor. Ponte en su situación y extrema el respeto de sus sentimientos.

7. Una de las cosas más hirientes es la de culpabilizar al paciente por su enfermedad. Contarle que el Señor ha levantado a muchos enfermos, insinuando que si de verdad tuviera fe en Dios, también se curaría. Hacerla pensar que ella misma está siendo el principal escollo para su curación milagrosa. La enfermedad de otra persona no es el momento oportuno para alardear de tu fe superior a la suya.

Algunas cosas que sí debemos hacer:

Aparte de mandarle notas con pensamientos positivos y sensibles, con cariño y respeto, a algunas personas les hace bastante ilusión recibir flores. Que les traigan comidas hechas suele ser un apoyo indecible para toda la familia, aligerando la carga para que puedan atender al paciente; pero primero has de enterarte si el paciente tiene que seguir algún régimen o evitar ciertos alimentos. Si la paciente está conforme, puede serle de mucha ayuda el que le vengán a hacer la limpieza de la casa. En ese caso, sin embargo, ten muy en cuenta si hay habitaciones donde prefiere que no lo hagas; ante todo, hay que saber respetar su intimidad. Si hay niños en la familia, puede ser una ayuda valiosa el que alguien se haga cargo de ellos por un día de vez en cuando, o los incluyan en las actividades de una familia con niños amigos. Y si la enfermedad va para largo, el apoyo para el paciente y su familia también tendrá que ser constante y perseverante.

Todos necesitamos saber que nos aman, pero esto es especialmente cierto cuando la enfermedad nos está robando la vida. Seamos considerados, entonces, para apoyar de verdad.

—Traducido y adaptado por D.B. de © The Mennonite, 7/8/2007, con permiso para El Mensajero.

¿Qué semilla estás plantando para Dios dentro de tú círculo de influencia?

El testimonio de Basilea Schlink (1904-2001)

por Connie Bentson Byler

Dijo Jesús en Mateo 13.52: «Cuando un maestro de la ley se instruye acerca del reino de Dios, se parece al dueño de una casa, que de lo que tiene guardado sabe sacar cosas nuevas y cosas viejas».

Lo que sigue no es un testimonio nuevo, sino uno viejo pero bien guardado, para disfrutar y compartir y sobre todo para dar gracias a Dios por poder conocerlo y compartirlo.

Algunos libros escritos por Basilea Schlink que leí en mi tierna juventud me impactaron hasta el punto de plantearme (confieso que brevemente) el dedicarme, como ella, a la vida de monja evangélica. Este verano he podido leer otra vez la historia personal de esta mujer en su libro *Cuando Dios llama*. Su testimonio me ha vuelto a inspirar.

Nació en Alemania, con el nombre de Klara Schlink. Fue cofundadora de la Hermandad Evangélica de María (adoptando entonces el nombre de *Madre Basilea*), de la que fue la líder espiritual hasta su muerte. Destacan sus más de cien libros y un ministerio de radio. Dicen que su contribución más notable en Alemania fue su trabajo de reconciliación entre alemanes y judíos, pero su legado escrito ha llegado a todos los confines de la tierra.

Me llama la atención que sus temas sean tan actuales hoy día —aún mejor comprendidos por mi propio caminar con Dios después de tantos años— y veo que todavía conservan un carácter profético. Esta misma mañana me desperté animada con el pensamiento «¡A seguir sembrando para la eternidad!», como hizo la Madre Basilea, a seguir sembrando con nuevos ánimos, cada uno con los dones y gracia que tenemos.

Quiero subrayar algunos de los temas que ella en este libro, que siguen vigentes y son necesarios para nuestras vidas hoy, a pesar del relativismo que predomina en nuestra cultura:

Comparto su *pasión por la Palabra de Dios*, pero estoy a años luz de su *sensibilidad al pecado*. En 1924 escribía que Jesús sólo podía ser magnificado ante sus ojos cuando ella permitía que la Palabra de Dios le hablara, pues Jesús sólo puede revelarse a nosotros conforme permitamos que su Palabra nos convenza y nos lleve hasta la capitulación de nosotros mismos, a fin de que caigamos a sus pies como pecadores. Estaba segura de que cada vez que hay reconocimiento del pecado, cada vez que hay verdadero arrepentimiento, brota vida nueva y Dios concede una mayor comprensión de Él.

Basilea escribió en 1924 que en cada tipo de cristianismo hay miembros sólo de nombre, como también hay discípulos genuinos de Jesús. ¿Pero cuál es el secreto del *verdadero discípulo*? Ella cuenta que el Señor le indicó claramente la respuesta a través de la Palabra: El verdadero discípulo es el que tiene un corazón contrito, que se considera pecador delante de Dios y de los hombres, que *reconoce su pecado y admite el reproche*. Tal es el corazón que no puede hacer otra cosa que amar a Jesús con todas sus fuerzas, y este amor es el que produce verdadera libertad, contestando todas las preguntas y resolviendo todos los problemas.

Sin embargo en 1934 confesaba que su vida carecía de poder porque había llegado a *conformarse con el mundo* y por su *tibieza en su amor a Jesús*. Ya no le estimulaban las palabras de Jesús donde leía: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz». Confiesa que daba rodeos a la cruz.

A pesar de estar estudiando en una escuela bíblica —leyendo libros teológicos y espirituales— no era su prioridad pasar tiempo en oración. Asistía fielmente a las reuniones de la iglesia, tenía dos tiempos diarios de oración, y sin embargo se tuvo que preguntar: «¿Pero dónde estaba la re-



solución y la perseverancia en la batalla de la fe contra el pecado? ¿Dónde estaba el espíritu de sacrificio y el celo genuino por Jesús y su reino? ¿Dónde estaba el espíritu de oración a favor de las almas humanas? ¿Dónde estaba el espíritu de adoración, de reverencia, y admiración por la magnitud del amor de Dios?» Sentía que su vida se había aburguesado, aunque los compañeros de la escuela bíblica la consideraban una cristiana inflexible. Se sentía pobre.

Sólo cuando el Espíritu Santo le reveló sus pecados recibió *el don del primer amor hacia Jesús*. Esto la llevó a experimentar la tremenda gracia del amor de Esposa por Jesús. Por medio de sus libros, pudo comunicar el mensaje de este «primer amor» por Jesús, a muchas otras personas. Se trata de un amor genuino hacia Jesús, donde nos preparamos como su Esposa amada —que es la Iglesia que un día celebrará las Bodas del Cordero. Conservar ese «primer amor» no es lo mismo que intentar mantener vivos esos primeros sentimientos que experimentamos cuando primero conocimos a Jesús.

El verdadero discípulo es el que tiene un corazón contrito, que se considera pecador delante de Dios y de los hombres, que reconoce su pecado y admite el reproche. Tal es el corazón que no puede hacer otra cosa que amar a Jesús con todas sus fuerzas, y este amor es el que produce verdadera libertad, contestando todas las preguntas y resolviendo todos los problemas.

Otro tema que me ha chocado es ver el camino variopinto que siguió hasta formar la Hermandad, pasando por muchos años de espera y frustración. Cuenta que lo que constantemente la ponía a prueba durante los años de la guerra, especialmente en los años 1941-1944, fue sentir que Dios la llamaba a marchar por *el camino del Cordero* por amor a Jesús. Leyó en aquel tiempo dos libros muy diferentes, *Lebendiges Wasser*, de Gommel, y *Nachfolge* (traducido como *El costo del discipulado*), de Bonhoeffer, que le fueron de gran ayuda. Le dieron un nuevo incentivo en las duras luchas de aquel tiempo. Ante las acusaciones y demandas injustas que padecía, aprendió lo que llama «el sendero del Cordero», aceptando *las*

palabras del Sermón del Monte como obligatorias: «Y al que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale la capa... Amad a vuestros enemigos... Haced el bien a los que os aborrecen».

Cuanto más obvio era que estaba siendo tratada injustamente, tanto más difícil era amar —y este pensamiento la hizo agonizar. Sin embargo, aún en lo más difícil, Dios produjo en ella lo que calificó de un acto maravilloso de Dios, al poner en su vida una persona que le resultaba casi insoportable. Su plegaria de que Dios la llenara de amor llegó a convertirse en la oración de su vida. Y de este modo Dios la enseñó a andar por el camino del Cordero. ¡Descubrió que ése es el único camino de Jesús!

En 1943 conoció por primera vez, en una casa parroquial de clérigos que procedían del Movimiento de Oxford, al pastor Riedinger, que llegaría a ser su «padre espiritual». Se conmovió profundamente al verlos allí de rodillas, adorando al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Se encontraba ante personas que vivían en *espíritu de adoración*, y allí pudo sentir *la presencia del Espíritu Santo*. Allí se proclamaba un llamamiento a una clase de *vida sacerdotal*, que consistía en seguir a Jesús el Cordero de Dios, sin indignarse por la difícil personalidad del prójimo, sino soportando y venciendo esos «inconvenientes» con un espíritu de arrepentimiento por el propio pecado personal. Era el mismo sendero por el que Dios la estaba guiando a ella.

Seguía la guerra y por la radio supieron del intento de asesinato de Hitler, cosa que la involucró aún más en la intercesión y en oraciones de adoración a favor del estado desesperado de Alemania y la suerte de los judíos. El juicio cayó sobre su ciudad, Darmstadt, en la noche que transcurrió entre el 11 y 12 de septiembre. En 18 minutos la ciudad fue casi totalmente destruida por un ataque aéreo. Pero dentro de la noche de la muerte estaba la hora del nacimiento. La muerte trajo vida. Por gracia divina quedaba en pie la Casa suya, preparada y esperando casi vacía durante años para llenarla de hijas espirituales; casa que aunque muy deteriorada, sirvió de base para el avivamiento que tantos años había estado esperando.

De la noche a la mañana aparecieron muchachas, con *el nombre de Jesús* en sus labios. En medio de un estudio bíblico sobre Jesús, cayó sobre todas una lluvia de arrepentimiento. También se sentían llenas de dolor por su tibieza y su muerte espiritual, por no haber cumplido su ministerio sacerdotal de orar por el pecado y la aflicción de su nación. Con ese arrepentimiento, Dios les concedió una nueva vida de oración, intercesión y adoración al Trino Dios. A partir de allí se formó la Hermandad Evangélica de María, basada espiritualmente no tanto sobre la experiencia del bautismo del Espíritu Santo y los dones, sino sobre la base de su vida espiritual que fue siempre un amor a Jesús que fluye del arrepentimiento y que conduce a un discipulado «inflexible».

Por último, para terminar, doy gracias a Dios otra vez, por alguna semilla que esta mujer plantó en mi corazón de joven. Si quieres saber más, hay muchísima información en internet, además de muchos de sus escritos. Quiero preguntarte ahora: ¿Qué semilla estás plantando para Dios dentro de tú círculo de influencia?



Hermanas Evangélicas de María
Monjas evangélicas en
Darmstadt, Alemania

Noticias y comentarios, de nuestro entorno y más allá

Día de fiesta en Barcelona.

Barcelona, 10 de junio — Presentamos en nuestra comunidad a Elena, hija de nuestros hermanos David y Marta. Fue un día muy especial. Estuvieron presentes unas 90 personas entre familiares, amigos y hermanos de la iglesia. La participación en la celebración fue muy amplia y variada, ya que participaron personas que no pertenecen a nuestra comunidad. Terminó la celebración con unas palabras de agradecimiento de David y Marta. A continuación tuvimos una comida fraternal y en esta ocasión no tuvimos paella, pues nos obsequiaron con una rica fideuá, con unos canapés muy variados y para postre unos riquísimos pasteles. Damos las gracias a todas las personas que hicieron posible este día con su trabajo y esfuerzo en organizar el evento. —*J. M. Sánchez*



Juntos y no atados

Barcelona, 15-17 de junio — La foto es del retiro de parejas organizado por la Diaconía de Paz y Mediación de nuestra comunidad. La actividad se realizó en el antigua residencia de ancianos, los días 15-17 de junio. El tema del retiro «**Juntos y no atados**», fue tratado por Juan José Romero y José Luis Suárez. Con una dinámica muy participativa, con ejercicios individuales, de pareja y en grupo, se habló de: «Espiritualidad y pareja», «Cómo se toman decisiones en la pareja», «Temas que nos separan», «Temas que nos acercan». Los niños — hijos de las parejas participantes— tuvieron actividades durante el retiro; y por descontado que los padres lo agradecieron. —*José M^o Sánchez*



Burgos, 5 de agosto — En la localidad de San Felices del Radrón, la comunidad de Burgos mantiene la tradición de celebrar sus ágapes mensuales en el campo durante el verano. En esta ocasión, junto con la iglesia de la Calle San Francisco. En la foto, una escena de la cata del concurso de postres.



Bill ya está en USA

Elkhart, USA, 14 de agosto — Lois Bare, de MMN (siglas de *Red Menonita de Misión* en inglés) escribe un correo para contarnos que Bill Brubaker ha estado en los despachos de la misión, informando de sus casi tres años de servicio en **Málaga**. Tuvo

oportunidad de compartir con todo el equipo sus fotos y contarles sus experiencias. Lois Bare subraya la impresión positiva que dejó sobre la fidelidad y perseverancia del grupo y de los individuos que lo componen. Entre tanto, por un correo del propio Bill, hemos sabido que estuvo en un retiro para misioneros regresados a Estados Unidos, que fue muy bueno para él. Ya tiene un contrato para trabajar otra vez de profesor de español, en un pueblo de Pennsylvania, no muy lejos de donde viven sus padres. —D.B.

Relaciones ecuménicas

La Comisión Permanente de la FEREDE (Federación de Entidades Evangélicas Religiosas de España) emitió el 13 de julio un comunicado donde lamenta la publicación de un documento reciente del Vaticano por medio de la Congregación para la Doctrina de la Fe. Es «un documento que, más que un hecho aislado, parece confirmar la línea de reafirmación y retroceso a conceptos preconciarios ya insinuados en otro documento similar publicado en 2001, bajo el título *Dominus Iesus*, que en su día mereció la desaprobación de las demás Iglesias cristianas y de las principales entidades ecuménicas.

«La referencia que hace Roma, en su último documento, a las iglesias protestantes como “comunidades cristianas” —en lugar de “Iglesias cristianas”— (para diferenciarlas de “La” Iglesia...), nos parece tan inadecuada como la de “sectas protestantes”, utilizada durante la reciente visita de Benedicto XVI a Brasil. Un discurso y un lenguaje que nos remite a épocas anteriores al Concilio Vaticano II y pone en evidencia unas pretensiones de supremacía y exclusividad, por parte de la Iglesia de Roma que —además de antiecuménicas— nos parecen sectarias y diametralmente contrarias al Espíritu de Cristo».

En las iglesias menonitas la declaración del Vaticano también ha suscitado interés. Robert Rhodes, en *Menonite Weekly Review* (19 de julio) resalta el siguiente párrafo:

Por consiguiente, aunque creamos que las Iglesias y comunidades sepa-

radas tienen sus defectos, no están desprovistas de sentido y de valor en el misterio de la salvación, porque el Espíritu de Cristo no ha rehusado servir de ellas como medios de salvación, cuya virtud deriva de la misma plenitud de la gracia y de la verdad que se confió a la Iglesia.

¡La palabra «defectos» desde luego no es muy alentadora! Pero según Ivan Kauffman, un ex menonita convertido al catolicismo y fundador de Bridgefolk, un movimiento para el diálogo entre menonitas y católicos en Norteamérica: «El Papa no pretendía dar a entender que hay que ser miembro de la Iglesia Católica Romana para ser salvo, sino solamente que para pertenecer en su sentido más pleno a la Iglesia Cristiana, hay que tener una conexión institucional con la iglesia mundial. Y como el papado es la forma de conexión mundial que viene existiendo desde hace siglos, los católicos están convencidos de que es necesario afiliarse con el papado para pertenecer a la Iglesia.»

Kauffman añadió que mientras no se cierre el diálogo, es posible que el resultado final tome una de varias formas muy diferentes:

—Tal vez los católicos se equivocan en estas creencias —dijo—. También es posible que los protestantes se equivocan en su convicción de que la intención de Cristo para su iglesia sea la existencia de denominaciones independientes entre sí, cada una de ellas soberana para mantener sus propias doctrinas. Pero también es posible que ni el modelo católico ni el protestante refleje fielmente la intención de Cristo y que del diálogo surja algo nuevo que combine los aspectos más positivos de ambas tradiciones.

Por su parte, Robert Rhodes opina que «es desafortunado que una vez más, la Iglesia Católica parece estar viendo con desprecio las denominaciones que no controla, iglesias que ni aceptan la autoridad del Vaticano ni suscriben la primacía del Papa. Y sin embargo muchos católicos, especialmente en Occidente donde está muy difundido el protestantismo, no comparten en absoluto esa actitud de desprecio. El talante de muchos católicos

es mucho más dialogante y esperanzador.»

Esta misma impresión la confirman algunas experiencias de nuestras comunidades aquí en España. Tanto en Burgos como en Málaga hay menonitas que participan con más o menos regularidad en reuniones del movimiento de Taizé. En Burgos, en el mes de mayo, hubo dos o tres reuniones de tipo ecuménico con diferentes movimientos de renovación dentro de la Iglesia Católica Romana. Nada que vaya a hacer al Vaticano cambiar de opinión, desde luego, pero evidencia clara de que esas declaraciones tan desafortunadas ya no convencen a muchos de los propios fieles católicos.

Quien tenga interés en leer el extenso documento que resultó del diálogo formal celebrado entre representantes de la Iglesia Católica y del Congreso Mundial Menonita durante los años 1998-2003, puede hallarlo (en español) en:

<http://www.bridgefolk.net/dialogue2003/llamadosjuntos.htm>

—D.B.

GAMEO — La enciclopedia menonita telemática

Goshen, USA, 5 de junio — Ya está lanzado y funcionando un proyecto ambicioso de volcar toda la *Enciclopedia Menonita* en soporte telemático, por internet. Proyecto magno de toda una generación de investigadores de la historia y sociología del menonitismo y anabaptismo mundial, los cuatro tomos de esta enciclopedia se fueron publicando durante la década de los 1950, con un tomo adicional añadido en 1990. Ya están disponibles miles de artículos y para finales de 2008 esperan haber «colgado» los más de 14.000 que configuran la enciclopedia.

A la postre se espera ir actualizando los artículos antiguos y añadiendo nuevos, para crear una enciclopedia telemática que refleje la realidad de la comunidad mundial de iglesias anabaptistas y menonitas en el siglo XXI. De momento, sólo en inglés:

<http://www.gameo.org>

Los libros de la Biblia

Mateo

Los títulos de los evangelios son significativos. Titulados «Según Mateo», «Según Marcos», etc., la idea que comunican es que hay un solo y único evangelio, el de Nuestro Señor Jesucristo.

Probablemente nunca se sepa exactamente por qué el evangelio Según Mateo llegó a ser el que se impuso tradicionalmente como el primero. Es posible que sea porque de los cuatro, es el que hace mayores esfuerzos por referirse directamente al testimonio del Antiguo Testamento como anuncio, profecía y explicación de numerosos detalles de la vida, enseñanza, muerte y resurrección de Jesús. Las primeras Biblias cristianas que se conservan no dividían entre Antiguo y Nuevo Testamentos, sino que sencillamente añadían los libros cristianos a la antigua colección bíblica judía. ¿Qué mejor libro que Mateo para indicar esa continuidad de perspectiva, de fe, de esperanza y de contenidos específicos en cuanto a la conducta que Dios espera inspirar en los seres humanos? Arrancando como arranca, con una genealogía que traza la descendencia lineal desde Abraham hasta Jesús, Mateo sitúa desde los primeros renglones la vida y obra de Jesús como continuación y culminación de la antigua historia bíblica.

El evangelio según Mateo contiene más que sesenta citas o alusiones claras al Antiguo Testamento, muchísimas más que ninguno de los otros evangelios. La estructura de su sección central, que abarca los capítulos 3-25, se divide notablemente en cinco partes (cada una compuesta por narraciones seguidas de enseñanzas de Jesús), como queriendo imitar la existencia de los cinco libros de la Ley de Moisés. Quizá la sentencia: «No he venido a abolir sino a cumplir» la ley y los profetas (Mt 5,17), es la mejor manera de decir en pocas palabras lo que Mateo quiere que entendamos acerca de Jesús.

Un ejemplo de todo esto podría ser la lista de «bienaventuranzas» con que abre el Sermón del Monte (Mt 5-7).

No se trata de un listado de exigencias sino de la descripción del tipo de personas que ya existen —siempre existen— en la tierra y que son los destinatarios privilegiados de la atención y salvación de Dios. Son los destinatarios de las «buenas noticias» proclamadas por Jesús, pero también venían acaparando el interés de Dios a lo largo de todo el Antiguo Testamento. Se trata de los que sufren, los que padecen humillaciones y vejaciones y desprestigio social, los que son perseguidos por sus semejantes cuando lo único que procuraban es la justicia... y desde luego, los activistas por la paz.

Cuando en Mt 5,9 Jesús dice que los activistas por la paz «serán llamados hijos de Dios», el sentido es que todo el mundo reconocerá el parecido, tan claro como el parecido entre padre e hijo. Cuando dice: «Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen, para que lleguéis a ser hijos de vuestro Padre celestial que hace salir su sol sobre malos y buenos...», la paternidad de Dios sobre los que se comportan como él se comporta, queda especialmente clara. El sol de Dios no muestra favoritismos. No brilla con especial calor e iluminación sobre los que aman a Dios, los que le están agradecidos y procuran hacer su voluntad. Al contrario, es igual de cálido y luminoso para los que desprecian a Dios en el cielo, y en la tierra cometen maldades horribles y crueles. Aquellos cuyo amor es parcial, por tanto, no se parecen a Dios y demuestran así no ser sus hijos.

Así y de muchas otras maneras parecidas, Mateo va preparando el camino con las enseñanzas de Jesús, para que cuando por fin los gobernantes matan a Jesús (pensando así estar protegiendo la estabilidad y armonía de la sociedad), comprendamos por qué Jesús —el primerísimo ejemplo de ser humano que es a la vez hijo de Dios— no podía responder con la misma moneda, devolviendo mal por mal.

Por último, el conflicto que describe Mateo entre Jesús y los «escribas y

fariseos» —y con «los judíos» en general— es especialmente intenso y culmina con la espantosa frase donde los que procuran su muerte dicen: «Sea su sangre sobre nosotros y sobre nuestra descendencia». El judío Mateo, seguidor incondicional del judío Jesús descendido directamente de Abraham, no podía imaginar cuando escribió, los siglos de atrocidades antisemitas que cometerían «los cristianos» contra su propia raza judía, valiéndose de esta frase como excusa. La inhumanidad y crueldad del antisemitismo, de tan notorio arraigo en la cristiandad, nos obliga a reflexionar que para ser «hijos de Dios» hace falta algo más que solamente afirmar con la boca que se «cree en Jesús». Según el Jesús de Mateo, sólo son hijos de Dios los que se le parecen.

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de la AMyHCE (Asociación de Menonitas y Hermanos en Cristo en España).

c./ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)
Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de la AMyHCE ni por el director.

De distribución gratuita por las Iglesias de la AMyHCE.

www.menonitas.org